

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA NACIONAL
DE PERIODISMO

Año 6 - Nº 15



ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO
Buenos Aires
2004

Academia Nacional de Periodismo

Miembros de número

MARTÍN ALLICA	JORGE HALPERÍN
ARMANDO ALONSO PIÑEIRO	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
NORA BÄR	LAURO F. LAÍÑO
ULISES BARRERA	JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
RAFAEL BRAUN	FÉLIX LUNA
NAPOLEÓN CABRERA	ENRIQUE J. MACEIRA
CORA CANÉ	ROBERTO MAIDANA
NELSON CASTRO	ENRIQUE M. MAYOCHI
JUAN CARLOS COLOMBRES	JOAQUÍN MORALES SOLÁ
JORGE CRUZ	ALBERTO J. MUNIN
DANIEL ALBERTO DESSEIN	ENRIQUETA MUÑIZ
JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO	ENRIQUE OLIVA
FERMÍN FÈVRE	ANTONIO REQUENI
ROBERTO A. GARCÍA	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
OSVALDO E. GRANADOS	RAÚL URTIZBEREA
MARIANO GRONDONA	BARTOLOMÉ DE VEDIA
ROBERTO PABLO GUARESCHI	

Miembros eméritos

JOSÉ MARÍA CASTIÑEIRA DE DIOS
† FRANCISCO A. RIZZUTO

Miembros correspondientes en la Argentina

EFRAÍN U. BISCHOFF (CÓRDOBA)
LUIS F. ETCHEVEHERE (ENTRE RÍOS)
CARLOS HUGO JOMET (CÓRDOBA)
CARLOS LIEBERMANN (ENTRE RÍOS)
JORGE ENRIQUE OVIEDO (MENDOZA)
JULIO RAJNERI (RÍO NEGRO)
GUSTAVO JOSÉ VITTORI (SANTA FE)

Miembros correspondientes en el extranjero

MARIO DIAMENT (ESTADOS UNIDOS)

ARMANDO RUBÉN PUENTE (ESPAÑA)

Mesa Directiva

Presidente:	JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO
Vicepresidente 1º:	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
Vicepresidente 2º:	ENRIQUE JOSÉ MACEIRA
Secretario:	ENRIQUE MARIO MAYOCHI
Prosecretaria:	ENRIQUETA MUÑIZ
Tesorero:	ALBERTO J. MUNIN
Protesorero:	FERMÍN FÈVRE

Comisión de Fiscalización

Miembros titulares:	DANIEL ALBERTO DESSEIN NAPOLEÓN CABRERA CORÁ CANÉ
Miembros suplentes:	ULISES BARRERA ROBERTO MAIDANA

Comisiones

Admisión: BARTOLOMÉ DE VEDIA, ARMANDO ALONSO PIÑEIRO, ENRIQUE J. MACEIRA y ALBERTO J. MUNIN.

Biblioteca, Hemeroteca y Archivo: BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT, JORGE CRUZ y ULISES BARRERA.

Concursos, Seminarios y Premios: FERMÍN FÈVRE, ENRIQUE MACEIRA, ENRIQUETA MUÑIZ y ENRIQUE OLIVA.

Libertad y Ética Periodística: LAURO F. LAÍÑO, RAFAEL BRAUN, ALBERTO J. MUNIN, ENRIQUE J. MACEIRA, ENRIQUE OLIVA y BARTOLOMÉ DE VEDIA.

Publicaciones y Prensa: FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY, NORA BÄR, NAPOLEÓN CABRERA, JORGE HALPERÍN y ANTONIO REQUENI.

Dos incorporaciones académicas

Como ya se ha convertido en tradición de nuestra Academia, el Museo Mitre fue recinto de otros dos actos públicos de incorporación de miembros de número. El 29 de abril se realizó el correspondiente a Jorge Cruz, quien ocupa entre nosotros el sillón Victoria Ocampo, y el 20 de mayo, la de Antonio Requeni, titular del sillón Ezequiel P. Paz.



DISERTACIÓN DE JORGE CRUZ

En el primer caso, la académica Enriqueta Muñiz fue la encargada de pronunciar el discurso de recepción, en el que destacó los notorios méritos acumulados por Cruz a lo largo de una prolongada trayectoria en el periodismo cultural y en la literatura, a la que sirve como relevante crítico y ensayista.

Esta fecunda ambivalencia reconocible en el nuevo académico fue ilustrada con ejemplos muy precisos. Enriqueta Muñiz recordó, por un lado, el medio siglo de asidua tarea cumplida por Cruz en el diario *La Nación*, cuyo suplemento literario dirigió por más de diez años, tras haber colaborado estrechamente con los anteriores directores Margarita Abella Caprile y Leónidas de Vedia. Y citó, a la vez, que la misma parábola vital lo había llevado a integrar –sin menoscabo alguno– también la Academia Argentina de Letras, de la que es, en la actualidad, vicepresidente.

Comentó, asimismo, la temprana atracción experimentada por Cruz hacia el teatro y la importancia que tuvieron sus notas en el desarrollo del aprecio que en los medios de la cultura se hizo de ese

fenómeno impar de la cultura argentina representado, al iniciarse la segunda mitad del siglo pasado, por las salas independientes. Se refirió, por último, a la cautelosa renuencia con que el miembro que se incorporaba eludió convertirse en autor de obras de ficción o imaginación, y citó de él la siguiente frase: “Me sentí disuadido de añadir mi propia obra al cúmulo de libros que andan por ahí y que nunca deberían haber sido publicados”.

A su turno, Cruz formuló el elogio de Victoria Ocampo, patrona del sitio que le tocó en suerte ocupar, y evocó el clima periodístico que imperaba en la época de su ingreso a *La Nación*, único medio cotidiano en que se desempeñó profesionalmente: “Por entonces—dijo—, las redacciones se abastecían de escritores, algunos de primerísimo orden. Casi nadie firmaba en la edición del día y cada uno daba lo mejor de sí a un organismo con el cual todos comulgaban. Los exponentes más puros de ese periodismo, para los cuales la ética profesional era un rasgo definitorio, constituían claros ejemplos ofrecidos a los jóvenes que se iniciaban”.

Luego dedicó su discurso a efectuar una valoración pormenorizada de Indro Montanelli, ilustre periodista, historiador y politólogo italiano fallecido en 2001. Cruz enfatizó su importancia como intérprete de la época conflictiva que le cupo vivir, como un “maestro cuyas lecciones siguen vivas a través de sus libros y, particularmente, a través de su aleccionante historia de Italia”.

Incorporación de Antonio Requeni

Antonio Requeni fue presentado por el vicepresidente de la Academia, Bernardo Ezequiel Koremblit, quien lo hizo a la vez que trazaba una erudita imagen del ámbito de amistad en que ambos han convivido, sustentado, ante todo, en el común destino de ambos, que han compartido la actividad periodística con la devoción por la literatura: en efecto, así como el autor de *La torre de marfil y los intelectuales* es tanto un hombre que reúne en sí el recuerdo de ilustres redacciones con el prestigio debido a su condición de impecable ensayista, al académico que se incorporaba en la ocasión se lo conoce

tanto por su calidad de eximio periodista, como por ser un notable poeta, uno de los más destacados, hoy día, en el medio local.

Precisamente, su discurso de incorporación tuvo como tema el de los poetas—su secuencia, historia y anécdotas— que transitaron por las redaccio-



ANTONIO REQUENI Y BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT

nes de los diarios porteños. A partir de las etapas añosas signadas por las adhesiones al romanticismo y al modernismo, y por la ilustre nómina de los poetas apasionados y militantes que traían en sus versos resabios de las guerras civiles, la prolija enumeración se extendió hasta épocas recientes, con la mención de muchos autores a los que Requeni llegó a conocer y con los que, en no pocos casos, estuvo vinculado por fuertes lazos de amistad.

El discurso-relato —cruzado, pues, por recuerdos de naturaleza entrañable— venía así a completar los datos abundantes que la historia literaria proporciona sobre muchos de esos autores, sobre todo en lo referido a los años anteriores a 1910. Aquellas referencias que tanto enriquecen el conocimiento de la cultura nacional en el período comprendido entre la caída de Rosas y la decadencia de la bohemia clásica, tal como existió hasta alrededor de 1930, resultaron notablemente ampliadas por esa exposición del testimonio personal de Requeni, cuya prolongada permanencia en la redacción de *La Prensa* y su simultánea persistencia en el menester poético le han permitido enterarse de casi todos los casos de esa doble adscripción que resultó positiva para las crónicas y dejó indemnes a los versos.

Previno en algún momento que se trataba sólo “de una breve reseña”, pero luego se vio, de manera por demás patente, que salvo algunos viejos sobrevivientes de décadas de profesión, nadie atinaba a marcarle omisiones.

Acortamiento de los mandatos

El 19 de mayo se realizó la Asamblea General Extraordinaria convocada para considerar la reforma del Estatuto que rige a nuestra corporación, en lo relativo al artículo 12 (Capítulo VII, Autoridades y Gobierno), de acuerdo con una propuesta de modificarlo parcialmente aprobada en sesión plenaria, con vistas a reducir la extensión de los períodos durante los cuales los miembros de la Mesa Directiva y de la Comisión de Fiscalización ejercen sus mandatos.

La asamblea tuvo como presidente al académico Bartolomé de Vedia y, al cabo de una breve deliberación, dispuso por el voto unánime de sus integrantes acortar los referidos mandatos de cuatro a dos años, y mantener invariables las restantes normas que conciernen a las autoridades de la Academia, incluida la posibilidad de reelección. Una votación similar estableció la inserción en el Estatuto de una cláusula transitoria para determinar la consecuente reducción de los mandatos conferidos a las actuales autoridades, que fueron elegidas en la asamblea ordinaria celebradas el 16 de octubre de 2003. De tal modo, en vez de permanecer en sus cargos hasta el mismo mes de 2007, cesarán en octubre del año próximo.

Fallecimiento de Francisco A. Rizzuto

Francisco Antonio Rizzuto, miembro emérito de esta Academia y uno de sus fundadores, falleció en nuestra ciudad el 12 de junio. Murió como había vivido, adherido con ejemplar firmeza a su acendrada vocación periodística. Su esposa lo oyó, hacia las cinco y media de la madrugada, trabajar en su Olivetti, según su costumbre, en artículos que, a la edad de 92 años, continuaba enviando a periódicos extranjeros. Horas después, al despertar, lo encontró exánime, caído sobre el teclado.



Lúcido y activo hasta sus últimos días, tuvo la inusual fortuna de poder seguir prodigándose sin mengua en los temas que lo inquietaban. Perfectamente al tanto de las noticias nacionales e internacionales, ávido lector de periódicos y siempre dispuesto a afirmar con vigor sus convicciones y puntos de vista, su vida fue, al respecto, un verdadero canto a la laboriosidad y al empeño generoso por hacer aquello que había tomado como cometido. Tras haber ocupado el sillón académico José Varas y de haber desplegado entre nosotros un entusiasta quehacer institucional, en 2002 se acogió a la condición de miembro emérito, lo que no le impidió seguir trayendo constantes aportes, como la nota que se publica al cabo de esta necrología.

Nacido en esta ciudad en 1909, a partir de 1921 colaboró con su padre, don F. Antonio Rizzuto, en la Institución de Informes Comerciales Veritas, entidad que en 1943 se convirtió en Veritas-F. Antonio

Rizzuto Sociedad Anónima de Informes Comerciales, Representaciones y Mandatos, de que fue director secretario.

Vinculado con la revista *Veritas*, publicación creada en 1931, ocupó en ella los cargos de subdirector y director, responsabilidades que hacia 1950 lo convirtieron en figura destacada en la defensa de la libertad de prensa en el ámbito continental. Más tarde fue secretario de la Fundación Rizzuto y presidente de la Liga Pro Comportamiento Humano, enseñó periodismo en la Universidad del Museo Social Argentino y tuvo intensa actividad profesional en el medio publicitario y en el de las relaciones públicas.

De relevante desempeño en las reuniones periódicas de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), fue uno de los fundadores de esta Academia y también de la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA) y de la Asociación de la Prensa Técnica Argentina (APTA). Presidente de la Federación Argentina de la Publicidad entre 1958 y 1960, miembro de número de la Academia Argentina de la Historia y de la Academia Argentina de Artes y Ciencias de la Comunicación, fue, asimismo, director del International Press Institute, de Zurich, y vicepresidente de la sección latinoamericana de la Federation Internationale de la Presse Periodique, con sede en Londres.

Autor de ocho libros sobre temas relativos a la comunicación social, era doctor *honoris causa* de la Universidad de Monterrey, en México, y en 1961 recibió el premio Mergenthaler, que confiere la SIP.

En el sepelio realizado en la Recoleta, los restos de Rizzuto fueron despedidos por Pedro López Matheu, quien llevaba la representación de ADEPA.

El fallecimiento de Francisco A. Rizzuto dejó inédita esta nota que había enviado para su publicación. Su aparición en estas páginas tiene, por lo tanto, el sentido de un cordial homenaje a la memoria de ese académico.

Origen del papel en el que leemos

Es en la Edad Moderna cuando la cultura se acrecienta gracias a un factor originariamente comercial: el papel. En la Antigüedad y en la Edad Media se escribía en papiros y en pieles secas o pergaminos. El costo de estos últimos era elevadísimo, pues eran costosas tanto las pieles como su preparación especial. En los conventos y monasterios, los monjes, héroes a la sazón de la cultura, redactaban sus manuscritos en pergaminos, lo que les permitió hacer llegar sus conocimientos a las generaciones posteriores. Pero eran tan costosos los pergaminos, que, muchas veces, los mismos monjes los lavaban con el fin de borrar la escritura anterior y utilizarlos nuevamente, práctica necesaria en su momento pero que ocasionó la pérdida de incontables monumentos de la cultura anterior. Testimonia, asimismo, lo caros que eran esos pergaminos manuscritos que en las bibliotecas de los conventos se los conservara en sus estanterías sujetos con cadenas de hierro.

Pero los chinos, que ya en los comienzos de nuestra era habían aprendido el arte de fabricar papel, con los restos de seda o de algodón, enseñaron —de modo seguramente involuntario— a los mercaderes árabes la técnica que habían desarrollado y que se refería, especialmente, a la fabricación de papel a partir de hebras de algodón. Los árabes llevaron la noción de esa artesanía aprendida en sus correrías comerciales a España y a Sicilia hacia el siglo X de la era cristiana. Doscientos años después, en Francia comenzó la elaboración de papel con restos de tela de lino, trapos viejos que antes habían vestido los cuerpos de los nuevos lectores. Esto se acentuó durante el siglo XIV,

cuando el desarrollo del comercio permitió la introducción a los mercados europeos de telas de lino a precios populares, lo que difundió el uso de prendas como camisas. Y fueron, justamente, los desechos de las camisas viejas los que facilitaron la fabricación en gran escala del papel.

Fue la generalización de éste en los mercados europeos lo que, hacia fines de la Edad Media, dio decisivo sentido cultural a la invención de la imprenta. Esta, en realidad, vino a dar a aquel una utilidad esencial, llamada a tener una magna trascendencia en el desarrollo del espíritu colectivo de los pueblos europeos. Juan Gutenberg, alemán de Maguncia, desarrolló la técnica del grabado de caracteres en hueco, perfeccionando y revolucionando la antigua escritura en madera labrada o xilografía. La imprenta permitió la multiplicación de libros a bajo precio y, por ende, popularizó la cultura en todo el ámbito europeo a partir del siglo XV, en lo que constituye el insoslayable inicio de la civilización moderna.

El cuarto de hora de Juan José de Soiza Reilly

Por Antonio Requeni

Hace pocos días, al revisar la biblioteca, encontré un libro que no recordaba haber leído y que me puse a hojear con una curiosidad que fue acrecentándose a medida que daba vuelta sus páginas. Un volumen de modesto empaque editorial y 280 hojas de texto apretado, letra pequeña y, por desdicha, salpicado de excesivas erratas. Pero un libro interesantísimo. Se titula *Las mil y una anécdotas de Juan José de Soiza Reilly* y recoge no sé si esa cifra (no me tomé el trabajo de contarlas) pero sí una gran cantidad de anécdotas entresacadas de sus innumerables crónicas y reportajes.

La señora Emma Soiza Reilly de Pardo, hija del otrora famoso periodista, escribió el prólogo de esa recopilación, donde expresa acertadamente: “Los que lo conocieron lo reconocerán por su chispa desbordante y su alegría contagiosa. Los jóvenes, que sepan que hubo un escritor y periodista que trabajó sesenta años arduamente, dedicando los últimos treinta años de su vida a sus esperadas y escuchadas charlas radiofónicas, convirtiéndose así en el precursor del periodismo radial argentino”.

Nada más cierto. Soiza Reilly, un periodista de raza, redactor durante muchos años de *Caras y Caretas* y corresponsal y colaborador de casi todos los diarios y revistas importantes de nuestro medio, vio en la “radiotelefonía” (como entonces se la llamaba), en épocas anteriores a la televisión, un poderoso instrumento de difusión periodística, adelantándose, con estilo propio, a las audiciones periodísticas tan en boga actualmente. Los que ya no somos tan jóvenes recordamos sus charlas animadas, críticas o irónicas, que hicieron popular su voz eufórica, de hablar apresurado, que terminaba siempre con la exclamación: “¡Arriba los corazones!” o “¡Pasó mi cuarto de hora!”.

Nacido el 19 de mayo de 1880 en la ciudad entrerriana de Concordia, cursó la escuela elemental en Paysandú, Uruguay, por lo que muchos lo creían uruguayo. A los doce años vino a Buenos Aires y era adolescente cuando se inició en el periodismo desde humildes publicaciones vecinales. Fue su comprovinciano José S. Alvarez, el popular Fray Mocho, al que siempre consideró su maestro, quien “me sacó de la prensa chica de los barrios pobres y me llevó del brazo a las luces del centro”. El autor de *Un viaje al país de los matreros* lo incorporó en 1903 a la redacción de *Caras y Caretas*, revista “festiva, literaria, artística y de actualidades” que leía toda la ciudad, sin distinción de niveles sociales.

Soiza Reilly vivió intensamente aquellos tiempos románticos de la bohemia periodística y literaria, pero al mismo tiempo se preocupó por estudiar. A los 25 años se recibió de maestro normal. Llegó a ser profesor de historia en varios establecimientos y consejero en las Universidades Populares. Pero le atraía mucho más el bullicio de las redacciones y las tertulias del bar El Sibarita, de Maipú, entre Bartolomé Mitre y Cangallo, donde afianzó entrañable amistad con Héctor Pedro Blomberg, Luis Pardo, Enrique Méndez Calzada, Eustaquio Pellicer, y los dibujantes José María Cao, Alejandro Sirio y Juan Hohmann (yo llegué a conocer a este último cuando era profesor de dibujo en la Escuela Nacional Juan Martín de Pueyrredón, y a su hijo Rodolfo Hohmann, inolvidable secretario de redacción de *La Prensa*).

En realidad, Juan José Soiza Reilly quería ser escritor. Su primer libro, *El reino de las cosas*, fue un fracaso, pero el segundo, *Cien hombres célebres*, donde reunía retratos y entrevistas, llegó a vender 20.000 ejemplares.

Vino después *El alma de los perros*, con prólogo de Manuel Ugarte, que se tradujo a varios idiomas. Ello le dio impulso para seguir escribiendo novelas y cuentos, algunos publicados en “La Novela Semanal”, pero que no consiguieron ingresar en el ámbito consagratorio de nuestras letras. El periodista buscaba los temas populares, le atraían los conventillos, los personajes sombríos. *Las timberas*, *Bajos fondos de la aristocracia*, *La muerte blanca*, *Pecadoras* y *Amor y cocaína* son títulos un tanto sensacionalistas que dan

idea de su índole literaria. Aunque algunas de sus obras fueron prologadas nada menos que por Manuel Ugarte, José Enrique Rodó, Evaristo Carriego y Vicente Blasco Ibáñez, el escritor sería eclipsado por el periodista.

En 1907, *Caras y Caretas* lo envió como corresponsal a Europa. Instalado en París, se hizo allí amigo de Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, Julio Piquet, Juan Pablo Echagüe (que escribía con el seudónimo de “Jean-Paul”) y otros personajes de la bohemia latinoamericana afincados en la Ciudad Luz. Logró entrevistar entonces a las más importantes figuras de la política, el arte y la ciencia. En Buenos Aires, los lectores devoraban sus sabrosos reportajes a D’Annunzio, Edmundo D’Amicis, Barbusse, Maeterlink, Anatole France, Clemenceau, Ada Negri, Unamuno, Blasco Ibáñez, Ramón y Cajal, Pietro Mascagni, el mariscal Hindenburg... A veces, para conseguir entrevistas a personajes muy encumbrados o difíciles, apeló a recursos insólitos pero efectivos. Era un reportero ingenioso, brillante, que sabía destacar lo fundamental en lo anecdótico.

En una ocasión entrevistó al hijo de su admirado poeta Paul Verlaine, al que descubrió en las calles de París trabajando como mayoral de tranvía. Lo llevó a una mesa de café y pidió un *pernod* en homenaje al exquisito poeta y empedernido dipsómano. El hijo de Verlaine ordenó un café con leche y pan con manteca. Soiza Reilly quedó estupefacto. Imaginemos en qué términos pudo desarrollarse el diálogo. El periodista terminaba la entrevista con esta frase: “Tuve ganas de pegarle”.

Otra vez le hizo un reportaje al rey de España. Le hablaba de Sáenz Peña y de su lema “América para la humanidad”, cuando Alfonso XIII lo interrumpió para preguntarle: “¿Y qué tal, chico, cómo andáis de mujeres por vuestro país? He conocido algunas como para chuparse los dedos!”. Soiza Reilly sabía matizar sus crónicas sobre resonantes acontecimientos mundiales con anécdotas como ésa. Humanizaba a sus entrevistados y hacía resaltar sus peculiares rasgos psicológicos. Así también, por ejemplo, cuando le preguntó a Clemenceau, que acababa de visitar Buenos Aires, por las mujeres argentinas, y el famoso político francés le respondió, ingeniosamente: “La mujer argentina se dedica desesperadamente a la virtud”.

Muchas de estas anécdotas podemos hallarlas (si fuera posible encontrar los libros) en sus recopilaciones de entrevistas como *Hombres y mujeres de Italia* o *Mujeres de América*, donde hay vívidos retratos de Lola Mora, Juana de Ibarbourou, Delfina Bunge de Gálvez y Lola Membrives, entre otras.

No fue menos apasionante para el público argentino la lectura de sus despachos desde el frente, durante la guerra del '14, como corresponsal de *La Nación*. Estuvo en la batalla de Verdún con Gómez Carrillo y seguramente sabía más de lo que dijo cuando a éste se lo acusó de haber delatado a la bailarina Mata Hari, fusilada por ser espía de los alemanes, aunque Gómez Carrillo escribió un libro para defenderse de la acusación. Después de ser corresponsal de guerra, Soiza Reilly volvió a Europa en otras oportunidades y durante una de ellas envió a *La Prensa* sus crónicas y reportajes. Poseía una escritura ágil y directa. Tenía el don de la comunicación fácil y sabía llegar a la emoción de la gente.

Con el advenimiento de la radio, Soiza Reilly se convirtió en el más popular periodista radiofónico (no debe decirse "radial" porque éste es un término de la geometría). Primero en Radio Stentor, después en Belgrano y en otras emisoras, hablaba y hablaba con tanta vehemencia como escribía. Su fotografía de hombre corpulento, con anteojos redondos y oscuros, bigote y moñito, aparecía frecuentemente en revistas como *Antena* y *Sintonía*.

En sus últimos años se hizo peronista, y el gobernador Mercante lo designó director de Bibliotecas Populares de la provincia de Buenos Aires. Algunos lectores y oyentes le retiraron su simpatía, pero la mayoría se mantuvo fiel al viejo periodista. Después de 1955, su voz dejó de oírse, pero por poco tiempo. Volvió a hablar por el micrófono hasta los últimos días de su vida.

Murió el 19 de marzo de 1959, cuando le faltaban dos meses para cumplir 79 años. Hasta entonces, siguió exclamando al final de sus microprogramas las dos expresiones que lo habían hecho célebre: "¡Arriba los corazones!" y "¡Pasó mi cuarto de hora!".

El escritor Juan Carlos Licastro, en una conferencia que le dedicó, lo caracterizó como un escritor "antigramatical, intolerante y bondadoso, dueño de una cultura desordenada". El mismo Soiza Reilly,

en el prólogo de su libro *La ciudad de los locos*, había escrito: “Mi literatura podrá ser mala, amorfa, inútil, hueca, pretenciosa, pesante... sí... pero no podrá parecerse a las demás literaturas. Es mía, en mí. Mis frases acaban en puntos suspensivos. No son, como dijo algún crítico estéril, caprichos de la tipografía. Terminan así, evaporándose, porque yo quiero terminar así, como el humo...”.

Así terminó Juan José Soiza Reilly, evaporándose en la memoria de los argentinos. ¿Quién lo recuerda hoy? Evidentemente, pasó su cuarto de hora. Sin embargo, fue un personaje popular de Buenos Aires y, con el pretexto de ese libro que recoge sus anécdotas, creo haberle hecho justicia al evocarlo.

El 4 de junio pasado, La Nación publicó la siguiente nota enviada desde Estambul por José Claudio Escribano, presidente de esta Academia y subdirector de ese matutino porteño, quien había acudido a esa ciudad de la Turquía europea para asistir al Congreso de la Asociación Mundial de Periódicos, clausurado, precisamente, el día anterior.

Los diarios buscan estar más cerca de la gente

Por José C. Escribano

ESTAMBUL.- “Está bajando en los Estados Unidos el número de embarazadas juveniles”.

Así, a lo ancho de cuatro columnas, en la mitad superior de la tapa, publicó *The New York Times* esa noticia en una edición reciente.

Haber desplegado de tal manera preeminente en el pasado una información de aquella naturaleza habría sido impensable para los editores y los lectores de un diario de la calidad del *Times* de Nueva York. Lo mismo habría ocurrido con diarios equivalentes de Buenos Aires o Londres, que reservaban las primeras planas para la política, los gobiernos, las guerras o la economía.

Todo eso era así hasta diez o quince años atrás. Como bien se insistió varias veces en los debates de la Asociación Mundial de Periódicos (WAN, por sus siglas en inglés), que concluyó en esta ciudad, hoy ya nadie se puede desentender del hecho de que las gentes aspiran a que la realidad se refleje en sus páginas con la mayor exactitud posible según sea la gravitación de los asuntos sobre sus vidas personales.

El 99,5% de los discursos políticos contiene menos revelaciones capaces de agitar la profundidad de las conciencias y los intereses relevantes de las gentes y de las familias que el saber si disminuye o aumenta en la adolescencia la tendencia a traer hijos a un mundo suficientemente agobiado por problemas menos resolubles.

Si hubiera que señalar la línea de gravedad por donde pasó la reunión anual más importante de la prensa mundial, ha sido por ese punto: los diarios deben estar lo más cerca posible de las personas y demostrarlo con elocuencia. Esto explica el apogeo de otro tipo de medios de comunicación y que el fenómeno mundial de los diarios gratuitos, pensados para centros urbanos donde se desplazan a la misma hora miles y miles de personas aprisionadas en transportes masivos, está dando señales de haber nacido para una larga vida, se argumentó aquí.

Cuando leen, las gentes también quieren distenderse, reírse si es posible; por eso aprecian en los periódicos matutinos el humor preventivo para combatir el desasosiego que aguarda en las calles y consterna a menudo la vida cotidiana.

Arribar al mismo puerto

Marta Botero, directora y socia de Innovación Periodística, consultora internacional, proyectó las tapas de tres grandes diarios británicos –el *Financial Times*, el *Daily Telegraph* y *The Times*– del día siguiente al anuncio de George Brown, ministro de Hacienda del Reino Unido, del proyecto de presupuesto para servicios públicos. De un tema tan aburrido como puede ser chupar un clavo, los tres diarios, cada uno con los trazos apropiados a la respectiva línea editorial, coincidieron en sacar por igual partido del asunto, presentándolo con divertidas caricaturas del señor Brown.

Lo debatible siempre será cómo navegar para arribar al mismo puerto. Algunos parecen excederse en las maniobras de aproximarse todo lo posible al punto de satisfacción de las gentes. Dio esa impresión, en principio, Pradeep Guha, presidente de Bennet, Coleman & Co, editores de *The Times*, de la India, un diario con 166 años de antigüedad.

Su fórmula, dijo el señor Guha, es presentar la realidad, pero “una realidad agradable”. “Hay que celebrar la vida”, brindó, por eso su diario se abstiene de publicar imágenes de mutilados y procura exaltar, en medio de lo trágico, lo positivo. Si en una catástrofe se registran sobrevivientes, allí va el foco de atención.

El señor Guha merece ser escuchado. *The Times*, de la India, con 2,64 millones de ejemplares por día, es el diario en inglés de mayor circulación en el mundo fuera de los tabloides de escándalo londinenses. Está por encima de *USA Today* (2,62 millones) y de *The Wall Street Journal* (2,09 millones).

La India cuenta ya con una población superior a los 1.000 millones de personas, que crecen a una tasa anual de 1,76%, contra el 0,9% de los chinos. El fuerte desarrollo económico de la India y la disminución consiguiente de la tasa de analfabetismo están entre las razones de la continua suba del índice de lectura de diarios en ese país, donde el 35% de la población analfabeta constituye un enorme potencial inexplorado.

Desde su fundación, en 1944, por militantes de la resistencia francesa a los nazis, *Le Monde* ha expresado con circunspección un pensamiento de centroizquierda.

Hace diez años comenzaron los cambios en la presentación del periódico. Incluyeron no sólo dibujos de trazos sobrios, sino también fotografías. Se ablandaron, por decirlo así, desde una posición de intelectuales rígidos y brillantes. Y aunque aún siga siendo casi nula la presencia del deporte en la portada, de cada diez temas elegidos para la tapa siete corresponden a cuestiones de sociedad, dijo el editor en jefe de *Le Monde*, Edwy Plenel.

De tamaños y calidad

Hacia derecha y hacia izquierda, pues, la idea da siempre vueltas sobre lo que atañe de forma más directa al interés y la sensibilidad de las gentes.

El mismo tema de la conversión de diarios de tamaño grande a la medida de los tabloides es parte de ese gran capítulo. Como lo es el de seguir, principalmente en los tabloides, la fórmula de las tapas-póster,

impuesta por *Liberation*, de Francia, y de abandonar las primeras páginas producidas como si fueran escaparates de tiendas, que tientan a buscar lo que se halla adentro.

El primero de aquellos dos temas ocupó más de una jornada y dejó algunas dudas sobre las cifras de crecimiento real que han tenido en las ventas de ejemplares los dos diarios británicos que han reducido su tamaño, *The Independent* y *The Times*.

Los de *The Independent* dicen que aumentaron cerca del 30%, la mayoría dice que no pasaron del 25, y hay quienes conjeturan que las cifras no dan lugar más que para hablar del 15.

Otro tanto ocurre con *The Times*, cuyo vocero aquí dijo que con la publicación simultánea en dos tamaños agregó 5% a la circulación preexistente. T. Grote, de la firma editora de *The Independent*, calculó, sin embargo, ese dato en un modesto 1,9%. De modo que no sólo los economistas manejan con arbitrariedad los números.

El secreto es la edición

“No hay recetas mágicas y el tamaño de un diario no es el punto central –diagnosticó Ally Palmer, de la compañía británica de diseño que lleva su nombre–. La respuesta a los problemas es que los diarios estén mejor editados y mejor diseñados”.

Y avanzó más todavía: “¿Creen ustedes que diarios de la vastedad y complejidad de *The New York Times* y de *The Wall Street Journal* podrían transformarse en tabloides sin desnaturalizarse? Hay toda una discusión sobre cómo se ha modificado o no la estructura de los artículos de *The Independent* y de *The Times*”.

En boca de un artista como Palmer estuvo el mejor canto al periodismo de excelencia. Una gran historia, dijo, es una gran historia, sea en un diario sábana o en uno de tamaño tabloide.

Nada es comparable, siguió, a ese elemento de sorpresa que dan los diarios al lector cada vez que dan vuelta una hoja y se encuentran con noticias y notas que no esperaban encontrar y porque es maravilloso, además, tener en las manos ese diario siempre de papel, aunque ensucie a veces las manos...

Una nueva reacción de alarma ante la frecuencia con que se usa un lenguaje incorrecto, o torpe, en los medios de comunicación se ha conocido, proveniente de los sectores que se desempeñan profesionalmente en ellos. Se trata, en este caso, de la Sociedad Argentina de Locutores, la que emitió la siguiente declaración:

El uso incorrecto del lenguaje en los medios de comunicación

La Sociedad Argentina de Locutores observa con profunda preocupación la utilización de un lenguaje procaz, ordinario y chabacano en algunos medios de comunicación, los que al amparo de una presunta y mal entendida modernidad deforman nuestra rica lengua, lesionan el buen gusto y difunden en la población una idea equivocada acerca de qué está bien y qué está mal.

La historia de la radio y la televisión de nuestro país posee una enorme nómina de profesionales que supieron utilizar el vocablo adecuado en cada momento, el verbo en su correcta conjugación y la frase adecuada a la circunstancia. Así se trasformaron en importantes colaboradores de docentes y padres en la tarea de educar a la población, contribuir a elevar el nivel de las nuevas generaciones y difundir cultura.

No podía ser de otro modo si se toma en cuenta que los medios ejercen desde siempre una innegable influencia sobre los oyentes o televidentes. Hoy son muchos los que mantienen esta premisa y entienden que es posible expresar una idea con la palabra adecuada, sin caer en excesos o deformaciones y sin agredir a quienes no participan de aquella forma de expresión.

Sin embargo otros, lamentablemente, con el argumento de “hablar como lo hace el pueblo”, caen en la vulgaridad utilizando palabras inadecuadas y groseras y provocando en realidad el efecto con-

trario, pues el pueblo comienza a hablar como lo hacen los comunicadores. Tal vez la única razón que determina esa conducta y que deforma nuestro idioma sea la incapacidad de esos comunicadores para establecer un diálogo con las palabras precisas y emitir un pensamiento que, además de sano, contenga palabras que puedan ser recibidas por todas las personas sin que nadie se sienta afectado.

Tampoco sirve el falaz argumento que algunos esgrimen acerca de que hay cosas más importantes en la vida. Todo es importante, y mucho más en los medios de comunicación. Sólo se trata de hablar con propiedad, porque significa pensar con propiedad. Ha llegado la hora de poner freno a esta verbosidad que destruye nuestra imagen de pueblo culto. Corresponde a las autoridades del área y a los licenciarios vigilar y buscar los mecanismos necesarios para mejorar el lenguaje que se utiliza en los medios.

Valoramos la realización del Congreso de la Lengua que se efectuará próximamente en nuestro país con la participación de importantes personalidades mundiales del quehacer cultural. No obstante, nos preguntamos cuánto podrá defender ese encuentro nuestro idioma si desde los medios se lo deforma de modo permanente. También nos preguntamos qué idea se llevarán de nuestro país y de nuestra cultura los visitantes que participen de ese conclave que nos tendrá como anfitriones.

Los locutores no queremos que la mediocridad nos supere, deseamos que todos los que trabajamos en los medios de comunicación seamos difusores de cultura.

La Sociedad Argentina de Locutores compromete su máximo esfuerzo para lograr un cambio sustancial de la actual situación y se propone hacerlo junto a las autoridades nacionales y a otras instituciones interesadas en el buen uso de nuestro idioma.

En el número 216 de la publicación oficial de la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA), apareció un extenso y relevante reportaje a nuestra colega Cora Cané, en el que se destacan no sólo sus importantes valores profesionales y personales, sino también el hecho excepcional de su larguísima permanencia en las mismas tareas periodísticas, pues hace ya más de siete lustros que se encuentra al frente de “Clarín Porteño”, la tradicional sección que cierra la contratapa de Clarín.

El tono de esa nota y el fundado elogio que hacen de nuestra compañera de corporación, comprometen, asimismo, nuestro agradecimiento.

Reportaje a Cora Cané

Por Carlos Breña

La síntesis con sensibilidad: La gran mayoría desconoce su figura y su voz, pero la leen ininterrumpidamente, desde hace 47 años, en la contratapa de Clarín. Es un ejemplo, quizás único, de permanencia en su tipo en el periodismo argentino, con su columna “Clarín porteño”, un espacio pleno de aforismos, poesía y diálogo con el lector.

¿Usted va a la redacción del diario?

No. Hasta hace tres años yo solía ir a saludar a los amigos. Pero la generación mía ya no está. Entre los últimos estaba Enrique Sdrech. De la gente joven conozco a muchos porque me vinculé a la nueva

camada de los chicos. Con ellos hice todo el aprendizaje de computación, aunque sigo fiel a la Olivetti.

Como Sábado o Ray Bradbury.

Y como mi gran amigo Marco Denevi que me escribía cartas a máquina.

¿Cómo hizo para mantenerse por 47 años en la página de un diario y nada menos que en la contratapa de *Clarín*?

Realmente no lo sé. Pienso que es el oficio, la vocación, la capacidad para tener espíritu de síntesis, que es muy importante en una columna tan pequeña. Yo me tuve que adaptar a muchos cambios a través de los sucesivos rediseños que hizo el diario. Es una rutina satisfactoria porque siempre tengo algún tema para incorporar.

Más que una satisfacción, esa columna es su vida.

Sí, es mi vida, porque fueron 47 años en los que pasaron todos los acontecimientos de mi destino. La sección continuó más allá de cualquier enfermedad, de cualquier muerte en la familia.

Antes que por usted, la columna era escrita por su marido, ¿durante cuánto tiempo lo hizo?

Desde que nació el diario, en 1945, hasta que murió, en 1955, pero dos años antes, cuando enfermó, yo comencé a hacerla de a poquito, para ayudarlo, sin que en el diario lo supieran.

¿Quién la designó para que continuara?

El doctor Noble me llamó un mes después de la muerte de mi marido y me dijo: "Bueno, Cora, ahí tiene la sección, continúe usted el trabajo". Como habíamos estado durante dos meses sin escribirla y

en ese tiempo la hizo Lizardo Zia, un gran amigo y colega nuestro, yo le aclaré al doctor Noble esa situación, y él me dijo que la sección era mía. Me mantuvo el crédito que la columna tenía a lo largo de diez años y me dio las mismas condiciones de trabajo, en sueldo y antigüedad, que tenía Cané. A los cinco años se dieron los premios nacionales Kraft al periodismo y yo lo gané. Se los dieron a Esteban Peicovich, a Luis Clur, a alguien más que no recuerdo y a mí. Así sentí que en esos cinco años yo había ganado mi propio espacio y que ya no era el espacio de la viuda de Cané.

También habrá ganado muchos afectos.

Sí. Hay una relación muy familiar, diría confidencial con los lectores, porque yo no tengo la solemnidad periodística y recibo muchas cartas con afecto, algunas con observaciones, otras con datos o con reconocimientos de lectores que son chiquitos y hasta viejitos. Se da que los que hace 47 años eran chicos ahora son padres, y hay muchos abuelos, también. Son generaciones que han sido fieles al diario y a la columna.

¿Usted empezó en la revista *El Hogar*?

(Risas) Parece que usted sabe más que yo. Era muy piba y tengo una anécdota maravillosa, porque el secretario de Redacción era un poeta que se llamaba Augusto González, y fue él quien me dijo el primer piropo. Yo tenía un prendedor en forma de medialuna y él me dijo: “Es la primera vez que veo una medialuna prendida de una estrella”.

En esa revista escribía Jorge Luis Borges, y muchos intelectuales de la época. ¿Usted lo veía a Borges?

No. Yo era muy jovencita y en realidad recién comencé a salir cuando me casé con Cané. Yo tuve una tía pintora, Emilia Bertolé, que era amiga de Alfonsina, de Quinquela, y de muchos artistas de la

época. Cuando yo era muy niña y su única sobrina, en mis vacaciones pasaba mucho tiempo en su estudio, por eso conocí a sus amigos. Cané fue uno de ellos y me llevaba 24 años. Mire lo que son las vueltas de la vida, él me tuvo en brazos cuando yo era recién nacida.

Usted fue cuentista, poeta, novelista, ha ganado premios. Marco Denevi dijo acerca de un libro de cuentos suyo que “está escrito con una calidad literaria que lo convierte en una pequeña joya de la que el lector no se olvida jamás”. Esto fue escrito en 1981, ¿lo recuerda?

Sí, por supuesto. Sobre todo porque a Marco yo lo admiro muchísimo, y sin haberlo conocido personalmente tengo el recuerdo de haberle escrito unas cartas cuando estaba enfermo, y él me respondió a todas. En la última, escrita a máquina, dice: “No habrá dolor en el mundo que me impida contestarle la carta hermosa que usted me escribe”.

Usted también hizo radio y televisión. Ha sido guionista.

Trabajé algo en Radio Municipal y en Excelsior. En televisión hice más cosas, fui guionista en Canal 7, después estuve frente a las cámaras con programas periodísticos y mi último trabajo fue como productora de los almuerzos con Mirtha Legrand. Pero no me gustaba, y comprendí que eso no era para mí. Así se lo expliqué a Romay, porque ir al diario a la mañana muy temprano y salir corriendo para llegar al Canal 9, estar allí todo el día hasta la noche tarde grabando, eso no era vida. Cuando terminé mi contrato quedamos en perfecta armonía con Romay y con Mirtha, a tal punto que cuando publiqué uno de mis libros, *Escritos a la hora de jugar*, ella me invitó a su almuerzo. Es evidente que yo no soy para los trabajos que requieren mucha exposición.

¿Cuál es su secreto de tener tanto material para hacer la columna durante tantos años?

Tanto material no tengo. Es decir, tenía mis paredes recubiertas de libros, porque todos los libros venían a mí, los de mi familia, los

de Cané y los propios, aunque no todos eran los que a mí me gustaban. Yo prefiero la lírica, la poesía y no me gustan los ensayos, entonces decidí quedarme sólo con aquellos que cuando yo no esté puedan interesarles a mi hija y a mis dos nietos. Con el resto fundé diferentes bibliotecas en distintos lugares del país.

¿Recibe cartas e e-mails?

Recibo muchas cartas y libros que van a *Clarín* y cada tanto los chicos, que son buenísimos, me mandan un bolso con toda la correspondencia. *E-mail* yo no tengo.

Su columna se llamó “Notas del Amanecer”, lo que me recuerda a una gran película española que se llamó *Amanece que no es poco*.

¡Qué hermoso título! Yo siempre quise mantener el amanecer en el título porque, como la sección, es algo de todos los días.

Usted, que lleva cinco décadas en este oficio, ¿cómo ve al periodismo argentino de hoy, tan cuestionado por algunos?

El periodismo que yo conocí es muy diferente del actual. La tecnología, la globalización, las escuelas de periodismo que no existían en aquellos años. Yo, cuando trabajaba en la redacción, no sólo hacía mi columna sino que también cortaba cables, hacía la pizarra, a veces hacía un editorial político. Menos policía y economía, hice de todo, entonces me fui formando en la redacción. Yo veo que los chicos de ahora, que hacen pasantías, dicen que seis meses en la redacción equivalen a tres años de carrera. Tampoco existía la televisión, entonces hago la gran diferencia entre el periodismo audiovisual y el de la gráfica. Yo soy una periodista de la gráfica y no advierto en la televisión la esencia del periodismo.

¿Qué opina de la crítica por el exacerbado morbo en el tratamiento de ciertas noticias que tienen que ver con los personajes del espectáculo?

Me parece horroroso. Es inaceptable. Pero eso se da en la televisión y en alguna revista, en los diarios, en cambio, el lector se informa con mesura y profundidad. Si yo en mi columna diera rienda suelta a mis pasiones, desbordaría el espíritu de lo que debe ser la gráfica.

Dos de los principales diarios de España admitieron que fueron engañados por Aznar respecto de que la ETA había realizado los atentados del 11 de marzo.

Esto fue vergonzoso, y el pueblo se dio cuenta, por eso los castigó en las urnas. Tengo entendido que *El País*, ese mismo día, también publicó una columna donde dejaba clara la posibilidad de que hubiese sido Al Qaeda. El editor nunca debe dejarse influenciar por nadie, salvo que existan razones de Estado para no publicar cierta información, pero nunca utilizar la mentira.

¿Cómo ve a la mujer en el periodismo argentino?

Yo la veo trabajando con mucho entusiasmo, en algunos casos, con muchísima improvisación, en otros. Grandes periodistas son Fany Mandelbaun y Magdalena Ruiz Guiñazú. Después hay mucha frivolidad.

¿Esa frivolidad es una característica de las periodistas?

No, de ninguna manera. También los hombres caen en el error de escribir a lo *fashion*.

Usted es una de las pocas mujeres que están en la Academia Nacional de Periodismo. ¿Cómo se sienten desde esa minoría?

También Nora Bär y Enriqueta Muñiz. Somos tres sobre un total de cuarenta. Muy bien. Trabajamos en comisiones, participamos al

igual que todos y nos sentimos cómodas. Claro está que tenemos un presidente, José Claudio Escribano, que es una maravilla.



Amanece que no es poco (Apéndice de la nota anterior)

“¡Qué lindo título!”, exclamó Cora cuando establecimos una comparación entre su columna y el nombre de una gran película española. Es que, en verdad, durante muchos años la columna que escribe la viuda de Luis Cané se llamó “Notas al amanecer”. Y a ella, lo confiesa, le hubiese gustado que ese título continuara.

Pero más allá de ello, lo concreto es que mantener un diálogo diario, escrito, todavía hoy, con la vieja Olivetti, es una hazaña.

Que tiene enormes recompensas, porque desde todo el país le hablan, le escriben, le envían cuentos, poemas o pedidos de ayuda. Peticiones que ella responde siempre, pacientemente, porque como finaliza cada día en su columna, es lo importante. Un espacio diferente, cálido, sensible, donde tienen lugar las pequeñas cosas de seres lejanos de la notoriedad, anónimos, que encuentran en este rinconcito la acogida esquivada en cualquier otra sección.

Poeta, académica y libretista

Cora Bertolé de Cané nació en la provincia de Santa Fe, en Rosario, pero toda su carrera periodística y literaria la hizo en la Capital Federal. Dentro del mundo de las letras y el periodismo, su producción fue abundante y reconocida.

Publicó doce libros, entre otros, *La ciudad distante*, de poesía, y la novela *Después de Clarisa*. También es autora de dos obras de

teatro, una de ellas, *Jubilación en trámite*, fue estrenada en el teatro San Martín de Buenos Aires.

Entre sus distinciones merecen destacarse el premio a la Mujer del Año en periodismo, la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores por su libro de cuentos *La Obsesión* y el galardón Alfonsina Storni por *La ciudad distante*.

Ha sido libretista, conductora y productora de ciclos radiales y televisivos, entre ellos, su trabajo de libretista con Mirtha Legrand cuando el programa se difundía por Canal 9.

En el número 54 de la revista Hora de Cierre, órgano del Instituto de Prensa de la Sociedad Interamericana de Prensa se publicó el siguiente artículo acerca del comentado episodio de corrupción que afectó seriamente el año pasado a The New York Times. Los datos que se consignan en este trabajo son particularmente interesantes porque ilustran sobre diversas reacciones institucionales que se produjeron en la prensa de los Estados Unidos, tendientes a impedir la reiteración de ese tipo de fenómenos, a la vez que dan cuenta de algunos de los juicios que el hecho mereció a estudiosos y a directivos de la actividad periodística.

Enseñanzas de un escándalo

Los editores estadounidenses hurgan en los escombros del terremoto que sacudió los cimientos de *The New York Times*

Sacudidos por el escándalo del editor Jason Blair, en *The New York Times*, varios editores estadounidenses realizaron un par de verdaderos “retiros espirituales” para poner en perspectiva lo ocurrido y tratar de derivar una lección.

En primera instancia, la comisión investigadora interna presidida por el subeditor ejecutivo del *Times*, Al Siegal, concluyó que las causas del descalabro registrado fue la existencia de “estructuras profundamente minadas, así como ciertas actitudes y procesos” evidentemente negativos. También se señaló que hubo “una falla en la comunicación, el mando y la disciplina”.

Al margen del marco normativo de esa publicación tradicional, el presidente de la Comisión de Desarrollo de Iniciativas de la Asocia-

ción de Editores de Periódicos de los Estados Unidos (ASNE), Frank Denton, afirmó en un artículo publicado por la revista *American Editor*, correspondiente al mes de octubre, que la “patología” manifestada en el caso Blair no es algo limitado al ámbito del principal periódico de la Unión Americana, sino que “se trata de un mal que tiende a tener presencia endémica en las salas de redacción de todo el país”.

Denton no vaciló en reconocer que “algunos valores reconocidos, como la iniciativa individual y la ambición pueden entrar fácilmente en conflicto con las normas de una organización y con sus pautas de efectividad”.

A la vez, hubo analistas de medios que enfatizaron a propósito de la necesidad de crear “un clima permanente” de discusión y colaboración dentro de los diarios para evitar que los mayores talentos con que cuentan las redacciones lleguen a afectar con su inevitable encumbramiento el carácter colectivo que debe presidir el desenvolvimiento informativo de todo el periódico.

“Ningún individuo –ni aun el mejor reportero o el mejor editor– produce un diario: éste es siempre la obra de una organización compleja”, afirmó Denton.

Los analistas concuerdan en que el hecho tendió a magnificarse en la consideración pública por el hecho de que Blair era negro y porque había llegado a desempeñarse en un cargo con extrema influencia pero pese a ello exento de adecuados mecanismos que ejercieran su control. Pero la correcta interpretación de esos hechos impactantes sería que en las modalidades recientes que predominan en las redacciones de los Estados Unidos, demasiado a menudo obedecen a circunstancias asimilables presiones corporativas o sociales, o a condicionantes derivados de las mismas prácticas profesionales.

El entregar mucho poder a un editor dentro de un periódico es en sí un riesgo, y es, en verdad, lo que está en discusión, sin que al respecto importe mucho el origen étnico o social de la persona, datos a lo sumo anecdóticos.

La gran falla dentro de *The New York Times* aparentemente fue la falta de comunicación entre los editores y la idea de que cada uno de ellos debía actuar como dueño de un feudo que debía ser defendido de los restantes feudos. Fue este criterio el que, en los hechos, permitió

que Jason Blair actuase con un enorme margen de descontrol y falsease impúnemente datos, noticias y entrevistas, dentro de un diario donde el rigor en la exactitud correspondía a una pauta histórica.

“Es muy fácil para los de afuera pontificar, condenar y hasta despedazar a *The New York Times*, pero si pensamos en nosotros mismos y en los hábitos imperantes en las salas de redacción que frecuentamos, nos veremos forzados a reconocer que por todos lados se advierten tendencias que, de acentuarse, podrían terminar constituyendo hechos asimismo perniciosos”, apuntó Denton.

La percepción de los lectores

El directivo de la ASNE recordó que el estudio de impacto realizado el año pasado por el Instituto de Lectoría de la Universidad de Northwestern en cien diarios norteamericanos demostró que los medios impresos tienden, en lo interno, a crear “culturas a la defensiva”, como las existentes en las estructuras hospitalarias o militares, propiciando la formación de islas psicológicas resistentes al cambio y cuya dinámica se basa en la satisfacción de las prioridades internas y de los logros personales de quienes integran la organización, lo cual –en el caso del periodismo– termina reflejándose en la falta de interés de los lectores.

Recientemente, la ASNE, por medio de la comisión presidida por Denton, propuso el concepto del *Learning Newsroom* (sala de redacción en constante proceso de aprendizaje) como estrategia para garantizar, por lo pronto, la buena comunicación y el entendimiento entre los diferentes departamentos de los diarios.

Compartir una visión –llámese, si se quiere, mística– dentro de una estructura común que fomenta la honestidad y el intercambio de información abierto y sincero, conlleva un proceso de aprendizaje permanente que nutre de manera saludable a las redacciones, según estiman los promotores de esa actitud institucional.

El analista Peter Senge señaló que muchos de los más significativos avances en cuanto a volver transparentes a los periódicos impresos se han logrado en los últimos años mediante prácticas en el fondo rutinarias pero que permiten a equipos de trabajo dispersos establecer conexiones y funcionar a un mismo ritmo.

La iniciativa del *Learning Newsroom* recibió este año un aporte de un millón de dólares de parte de la John S. and James L. Knight Foundation, recursos que le permitirán al American Press Institute (API) poner en práctica operativos acordes con esas ideas en diferentes periódicos de Estados Unidos en el transcurso de los próximos tres años.

A mediados de este año, la ASNE y la API realizaron conjuntamente una cumbre de reflexión en Reston, Virginia, cuyo tema se centró en un punto muy preciso: “Normas para reporteros y editores”, labor que llevó a revisar analíticamente varios casos que afectaron seriamente la credibilidad de los medios impresos, particularmente lo atinente al caso de Jason Blair en *The New York Times*, que salió a la luz en mayo de 2003.

La conclusión a la que allí se arribó fue que cada diario debe definir sus propias normas de control, como, por ejemplo, la decisión de alentar a los editores de mesa a que cuestionen más de cerca la exactitud de los reportajes y las políticas de atribución de fuentes a la información.

Se pidió, también, que se exhorte a los lectores a informar sobre errores, omisiones o inexactitudes.

Michael Josephson, experto en ética de medios de comunicación, dijo durante el foro que los periódicos deben concentrarse en la labor de prestar un servicio público.

“Mientras más los medios en ustedes trabajen –dijo a los periodistas–, se conviertan en entidades económicas, preocupadas por incrementar los márgenes de ganancia, más el público los comenzará a ver como proveedores de entretenimientos y no de servicios”.

El editor de *The New York Times* Michael Oreskes admitió que la “arrogancia” del periódico y una falta de liderazgo contribuyeron a magnificar el fiasco representado por la actuación de Jason Blair. “También es cierto que la administración tiene que hacerse responsable de todos los detalles de una sala de redacción en la que forzosamente ocurren muchas cosas”, dijo Oreskes.

Por otra parte, un grupo de destacados periodistas norteamericanos se reunió durante el verano en el Instituto Poynter, de la Florida, para analizar la capacidad de respuesta del periodismo escrito frente a las recientes controversias en torno a su credibilidad.

Entre los asistentes a este encuentro estaban Milton Coleman, subeditor ejecutivo de *The Washington Post*, y Richard Oppel, editor de *The Austin American Statesman*.

A continuación, resumimos algunas de las recomendaciones surgidas en el foro conjunto de la ASNE y el API y en la reunión del Poynter:

Sobre las fuentes y las atribuciones de información: cada periódico debe formar sus propias políticas. Pero se debe asegurar que por lo menos un editor conozca el nombre de la fuente anónima de cualquier reportero. Por lo tanto, los reporteros deben advertir a las fuentes que tienen que su identidad será conocida siquiera por uno de los editores de los que ellos dependen. Asimismo, cada sala de redacción tiene que precisar muy bien el concepto del *off the record*, de manera que puedan compartirlo con claridad con sus entrevistados. Lo mejor, sin duda, es tratar de evitar las citas de fuentes anónimas. Si por alguna razón no cabe atenerse estrictamente a esta regla, hay que hacer un esfuerzo adicional para describir con la mayor exactitud posible a la fuente, evitando, en especial, las empobrecedoras muletillas como “una fuente autorizada” o “que prefirió no identificarse”. Además, esas fuentes que permanecen en sombras no pueden utilizarse para descalificar a personas, lanzar acusaciones sobre presuntas actividades ilegales o, simplemente, para agregar color. Y algo más: los periodistas no pueden mentir en sus reportajes para proteger la identidad de sus fuentes que, sin excepción, deben tener un conocimiento de primera mano del tema que se trata.

Sobre la exactitud y las correcciones: ante todo, hay que tener en cuenta que la tradicional voluntad de la prensa escrita de corregir sus errores le ha valido, en todos lados, el reconocimiento del público como fuente confiable de información. Los editores deben promover la virtud de esta práctica entre los reporteros. Se deben formular políticas escritas sobre cómo y cuándo aparecerán los anuncios sobre correcciones, rectificaciones o aclaraciones y, asimismo, esa política tendrá que ser uniforme para todos los departamentos como Deportes, Internacionales o Diagramado. El editor del *Sun Sentinel* de Fort

Lauderdale, Florida, Earl Maucker, afirmó que la política expresa de su periódico estipula que cada reportero, fotógrafo, editor o artista debe documentar cuándo y por qué ocurre un error. A la vez, cada equivocación pasa a una base de datos que se usa para clasificar los errores por categorías y así proveer al personal el entrenamiento que le sea necesario para evitar que se reiteren. También se debe animar a los lectores a que participen en foros donde puedan criticar la exactitud de los reportajes o noticias. A su vez, los reporteros y editores deben informar en seguida sobre los errores u omisiones que detectan en su condición de lectores. Es aconsejable enviar encuestas por correo que ayuden a determinar los diferentes grados de exactitud de la información publicada. Finalmente, las aclaraciones deben escribirse de manera clara y explícita, sin incurrir en tonos defensivos o de aparente justificación.

Sobre la responsabilidad del liderazgo: las normas del buen periodismo deben prevalecer siempre, ante cualquier problema y en cualquier circunstancia. Los editores deben comprobar constantemente que la aplicación práctica de esas normas corresponde exactamente a los principios que sustenta el medio. Las conversaciones frecuentes entre periodistas y lectores acerca del alcance y la interpretación de esas normas debe convertirse en una costumbre. La regla de oro es entrenar a los periodistas sobre los distintos aspectos de la ética y no permitir que este tema sea relegado a un lugar ínfimo dentro de las prioridades establecidas para la preparación profesional. Finalmente, los editores de mayor jerarquía deben tomar conciencia sobre la necesidad de evitar el sobreuso del correo electrónico para tomar contacto con sus subalternos, de modo que no se vean sustituidos o menoscabados los encuentros cara a cara. A la vez, conviene que esos editores no presuman que el comportamiento ético es parte de la cultura de todos los empleados.

Origen y firma de un informe o reportaje: los periódicos deben dejar bien en claro quién escribió tal o cual noticia. Todas las personas que contribuyeron al trabajo periodístico de recolección de datos deben recibir crédito y el porqué de esto tiene que ser explicado

a fondo tanto a los lectores como a los propios periodistas. Sin duda, es un derecho del público saber quién trabajó en la investigación y en la redacción de lo que lee. También los periódicos deben aclarar con honestidad el sitio donde se originó el informe, sin mentir para dar la impresión de una cobertura más amplia. La regla que siguen muchos periódicos es anunciar en una tipografía clara y diferente el sitio de origen de una información recogida por sus reporteros cuando se encuentran fuera de sus áreas de cobertura diaria. Otra práctica sana es la de ser más precisos con la fecha de origen de algunos reportajes. Si esa fecha no es relevante para la información, no se debe poner, porque tiende a confundir a los lectores. Algunos especialistas creen que la fecha del reportaje únicamente debe usarse cuando va acompañada por la firma del autor y el lugar de origen de la información. No existe consenso sobre en qué otras circunstancias debe fechársela o no.

Sobre la accesibilidad: la libertad de prensa es crítica para una democracia, pero la independencia del periodismo no puede confundirse con arrogancia, ni con nada que se le parezca, entre otras cosas porque eso tiende a alejar a los lectores. Los líderes de las organizaciones periodísticas tienen el compromiso de crear una cultura de trabajo en la que se dé importancia a las conexiones con los lectores y también con los no lectores. Es obligación de los periódicos ser accesibles en relación con su público porque éste es un factor clave para la responsabilidad. Los editores deben explicar cómo funciona el periódico y cómo los lectores pueden participar en ese proceso. Las buenas prácticas del periodismo deben ser articuladas, compartidas y discutidas con todo el personal y, finalmente, ser observadas con mucho cuidado para evitar la disparidad de procedimientos entre las diversas áreas. En fin, los periódicos necesitan explicar y explicarse su razón de ser, ante los lectores y en una forma abierta, permanente y consistente.

Un texto de Mariano Moreno

En la *Gaceta de Buenos Aires* del 29 de noviembre de 1810 apareció el siguiente texto con el título “A propósito de las primeras victorias”, que claramente ostenta las características propias del redactor de esa publicación señera en nuestra historia, a la vez que refleja de manera cabal el fragor revolucionario de las jornadas que estaban transcurriendo.

No hemos recibido nuevo chasque que comunique el último resultado de la acción entre nuestras tropas y las del marino Córdoba. El gran destrozo que se nos anuncia en el primer ataque debió aumentarse en la persecución de los fugitivos; y el terror que acompañaba los últimos restos del ejército disperso, apoderándose de la reserva de Cotagaita, habrá allanado el paso de sus trincheras y fosos. Si algún suceso imprevisto no trastorna el curso de nuestra victoria, ella debe colocar nuestras tropas en Potosí, y concluir con un solo golpe la unión de todas las provincias. El valor, energía y constancia que han desplegado nuestras tropas causan el asombro de nuestros enemigos, y la ternura de todos los patriotas. No son nuestros soldados como esos hombres mercenarios que arrostran los peligros hasta tanto que una fuga impune les presenta la ocasión de evadirlos: nuestros guerreros, dirigidos por el genio invencible de la libertad, emprenden gustosos todo género de fatigas; desprecian los riesgos e insultan la misma muerte, insensibles a todo lo que no sea el dulce placer de verse escritos en el templo inmortal que erige la patria a sus ilustres defensores. Pasajeros fidedignos han trasmitido hasta esta Capital el asombro con que observaron la alegría y serenidad de nuestras tropas entre los horrores de la miseria, y envueltas en todo género de privaciones. Asolados los caminos por los crueles déspotas que se han propuesto sacrificar las provincias, y envolverlas en el exterminio de que ellos se ven amenazados, privados de carne fresca, rotos los vestidos, y distantes todos los recursos más de doscientas leguas, se ha visto a nuestros oficiales reducidos a no tomar otro alimento que charque y galleta; y sufriendo con gusto los rigores de la estación y las incomo-

didades de una general desnudez, no salían de sus bocas sino lecciones de virtud y sufrimiento que formaban al soldado; y animados todos de un mismo espíritu, no se expresaba otro deseo que el de pasar adelante, consumir la libertad de las provincias, y volver a su patria con derecho a su reconocimiento. Sí: la Patria quedará eternamente reconocida a esos guerreros infatigables; cuando concluida su carrera vuelvan a vivir tranquilos entre nosotros, recibirán las bendiciones de un pueblo reconocido, y cuando paseen nuestras calles, oirán repetir entre los ecos de la ternura: *a vosotros se os debe la felicidad de que estamos disfrutando*. La Junta ha resuelto que a más de los ascensos militares con que serán premiados los que se hayan distinguido en la acción, apenas venga el detalle de ella, todos los oficiales y soldados que se hallaren en el combate usen un escudo en el brazo derecho con fondo de paño blanco y esta inscripción: *La Patria a los vencedores de Tupiza*. Este distintivo queda establecido, por regla general, en el ejército, y mediante él, todo soldado llevará a la vista la historia de sus campañas, un premio de su valor, y un estímulo para sus conciudadanos. ¡Qué gloria la del patriota, que llegue a cargar en veinte o treinta escudos los trofeos de sus fuertes brazos y los monumentos de los gloriosos sacrificios, que ha consagrado a la felicidad de su patria!

Al paso que por el Perú se presenta muy próximo el término feliz de la reunión de todos sus habitantes, los naturales de la Banda Oriental de este río sufren todo el peso de la más cruel persecución. No contentos los marinos con estancar sus frutos por la incomunicación de la Capital, que causa su bloqueo, han dirigido al Arroyo de la China una expedición al mando del capitán de navío don Juan Angel Michelena, quien armando a todos los europeos de los partidos que recorre, ha declarado guerra a todos los patricios y jurado su exterminio. No ha quedado en aquel hermoso territorio un solo hacendado hijo del país; todos han salido prófugos o han sido remitidos presos a Montevideo, habiéndose extendido a veintidós la última remesa.

Sería excusado combatir una conducta tan feroz que al paso que provoca en los hijos del país un odio eterno contra sus opresores, disgusta a todos los españoles europeos de algún juicio, e irrita a los extranjeros que nos observan. La imprudencia de semejantes medi-

das, sin esperanza de un resultado favorable, debe envolver a sus autores en gravísimos males. ¿Qué ventaja se proponen de esta guerra sangrienta de los europeos contra los patricios? Ellos confiesan que España no puede convalecer de su agonía política, y aunque algunos niegan esta triste verdad, no por eso se hallan menos convencidos de ella; la América debe tomar algún partido, y en la general fermentación que brota por todas partes, es ya imposible contener la marcha majestuosa con que camina a su felicidad; ninguna potencia de Europa podrá perturbarnos, ni los esfuerzos del rey José pueden sernos temibles, pues la Inglaterra, señora absoluta de los mares, por propio interés, y por el honor de sus promesas, protegerá nuestros puertos; las miras pacíficas del gabinete del Brasil están bien manifiestas, y después de haber despreciado las solicitudes del gobierno de Montevideo, afirmarán en nuestro Congreso las relaciones de amistad y de un comercio recíprocamente ventajoso, cual corresponde al sistema general de este continente; el Perú se nos reúne con rapidez, y cuando todos los pueblos concentren su fuerza y su representación, ¿cuál será la suerte de esos individuos de Montevideo, que alarman a los europeos contra nosotros? ¿Creen que la Banda Oriental puede hacerse independiente del resto de la América? ¿Creen que los hijos del país puedan volver a las cadenas que acaban de romper? ¿No conocen que los europeos se han de ir acabando naturalmente, y que aun cuando logren nuestro exterminio, nuestros hijos han de vengar la muerte de sus padres? ¿O han creído acaso exterminar todos los patricios y reducir la población al pequeño número de europeos, para que los últimos no sufran el castigo de las violencias de los primeros? Por cualquier parte que observe esta conducta, me parece imprudente; sin embargo, nuestros enemigos la siguen con tesón, y su pertinacia se aumenta con sus mismos desengaños. Desde que se estableció la Junta han ido empeorando de suerte; pero no por eso se enmiendan; y parece que en el despecho a que los han reducido sus errores, se han propuesto hacer odiosa la calidad de español europeo, hacer cómplices de ella a los que han mirado con horror su criminal comportamiento y envolver a todos en la responsabilidad de unos crímenes, que son de pocos, y que algún día han de tener su pena merecida.

El Telégrafo Mercantil redivivo

Por Fernando Sánchez Zinny

(Nota aparecida en La Nación el 19 de enero de 2004)

Hace dos años y medio —en abril de 2001— se cumplieron doscientos años de la aparición del *Telégrafo Mercantil*, primer periódico indubitable que vio la luz en las provincias del Río de la Plata y, en función de ello, dato inaugural del trayecto hasta ahora recorrido por el periodismo argentino. Hubo entonces alguna recordación pero no demasiado significativa, circunstancia explicable habida cuenta de la sólo parcial importancia que alcanzó esa hoja, como consecuencia, en primer lugar, de las limitaciones exhibidas por el editor, don Francisco Antonio Cabello y Mesa, en el desempeño de su cargo.

Finalmente, la memoración se redujo a menear un poco la peculiar y dudosa figura de ese muy secundario publicista, en tanto quedaban de hecho inhibidas las aproximaciones a la publicación misma, ante la dificultad para acceder a reproducciones facsimilares, como es lógico, siempre escasas e invariablemente secuestradas por investigadores y coleccionistas. Es harto sabido que *El Telégrafo mercantil, rural, político económico, e historiógrafo del Río de la Plata* no fue sino uno de los tantos casos de periodismo didactizante que antes de la etapa revolucionaria promovieron los representantes —en este caso, pueblerinos— del despotismo ilustrado y regalista; en ese sentido, su interés para la comprensión actual de los fenómenos a los que alude es sólo relativo, lo que no obsta a que en esas amarillentas páginas se guarden testimonios valiosos sobre la sociabilidad colonial, recogidos justo en el momento en que la Argentina se aprestaba a nacer.

La nueva edición facsimilar de ese periódico —cuatro tomos publicados en el curso de este año por la Editorial Docencia, perteneciente a la Fundación Hernandarias, precedidos por una esclarecedora introducción de Eugenio Gómez de Mier— viene a llenar la expectativa del pequeño y siempre renovado grupo de ávidos y porfiados estudiosos, que son, al fin y al cabo, la sal de la vida intelectual que

nos es consentida. De la lectura de esos volúmenes no hay que esperar, por supuesto, grandes cosas, aparte de que, en general, se trata de puntos ya de sobra comentados por varias generaciones de eruditos, lo que en nada amenguará la devoción ni el entusiasmo de quienes se acerquen con voluntad de trabajo a ese insoslayable hito de nuestro pasado.

Ante todo, lo que muestra la compilación de los 110 números y los suplementos y números extraordinarios de ese periódico desaparecido tras año y medio de andar a paso corto es la prevalencia de un conjunto de ideas y aspiraciones que definen, a la vez, con entera transparencia, la índole filantrópica del Antiguo Régimen y anticipan muchas de las características arquetípicas del remanente iluminismo y de los larvados positivismo y liberalismo que por tanto tiempo serían dueños de la vida intelectual en estas tierras.

Es, fundamentalmente, la opción por la pedagogía social, la presunción —o esperanza— de que mediante un esfuerzo razonado y sistemático de los sectores cultos y de las estructuras de poder cambiarán la naturaleza de las cosas y, sobre todo, la disposición moral de la sociedad. Pese a su nimiedad, las incoherencias de Cabello y el bati-borrillo de textos ripiosos que conforman esa colección son —de manera por demás evidente y aun conmovedora— premoniciones de nuestros fantasmas esclarecidos, de Rivadavia a Juan B. Justo, pasando por Alberdi y Sarmiento.

Incautas promesas fisiocráticas, la religión como instrumento escolar, la historia como generadora de benéficos consensos, la literatura como amalgama de sentimientos y raciocinios utilitarios, la información como un medio para adaptarse a condiciones paradigmáticas y deseables, el refinamiento como reaseguro de un civismo prudente. Para resumir: esas páginas narran cómo, a la sombra de la somera corte virreinal y en medio de la polvorienta aldea recostada junto al río, asomaba la ideología sincrética que dominaría el panorama local durante siglo y medio y cuyos coletazos todavía se sienten cada tanto.

“Todo para el pueblo pero sin el pueblo”, dijo algún optimista en referencia a un obvio paisaje europeo que sería difícil encontrar a este lado del océano, pero entre tanta cita compleja del *Telégrafo* acerca de viajes, arribos a puerto, remisiones de mercadería, corresponden-

cia variada, pedidos de que haya suscripciones, aleccionamientos de catecismo e incipientes clasificados, lo último que cabe imaginar es algo asimilable a la áspera noción de pueblo.

Por fuerza, un historiador del periodismo argentino tarde o temprano ha de verse en el caso de tener que reconocer que la desnuda verdad sólo aparecería muchos años después, traída de la mano por los trastornos y los resentimientos que difundieron las guerras civiles. Pero a comienzos del siglo XIX, Buenos Aires no daba para dramas sino, apenas, para una complacencia adolescente llena de abstracciones en lo sentimental y de muletillas en materia de expresión. *El Telégrafo*... es, al respecto, algo así como una foto remota de la criatura que fuimos y que ya no existe, cuya contemplación nos llena de desasosiego y melancolía. La Argentina nonata quiso ser de una cierta manera pueril y petulante, deseo después reiterado por los padres fundadores, primerizos e inexperimentados, pero todo fue distinto a lo vaticinados y nos tocó ser como somos.

En aquel entonces, Cabello se ocupaba del comercio, de la pesca, de la cría de chinchillas, de sementeras, de ganados, de frutales, de la América española extendida desde California hasta las Malvinas, de una minería que ya no iba a requerir el trabajo de esclavos: la riqueza estaba ahí, al alcance de muchos y no bien se la tuviese iba a ser repartida generosa, hasta pródigamente. Los temores antiguos se diluían y la demoníaca furia que había poseído a Francia una década atrás se estaba adaptando, paulatinamente, a los mandatos del buen sentido y del buen tono, en respuesta —entre otros estímulos— al amable e insípido maquiavelismo de don Manuel Godoy, príncipe de la Paz y atento guardián de los “dos rostros divinales que conmueven: / uno de Luisa es, otro de Carlos...”, según la acomodaticia imagen de Labardén, en la inicial descripción lírica de este rincón del mundo, fundador insigne, desde el humilde *Telégrafo*, de una tradición encomiástica que seguramente durará tanto como el nombre de nuestra patria.

Luego, en prosa, se adoctrinaba a la mitad del género humano, al menos en su porción acomodada y lectora: “El tiempo de la juventud y de la hermosura es muy corto. Pasada esa edad, vuelve a ser nada la mujer que no tuvo más mérito que su belleza. No sosteniéndola ya el

frágil apoyo de alguna pasión, o el incienso de los hombres, siente cierto vacío y fastidio que la precipitan a la maledicencia o a un oscuro retiro...”, pero, “por lo contrario, teniendo cultivado el entendimiento, halla recursos en sí misma: por sus talentos adquiere sobre los hombres un imperio más halagüeño que el de su belleza”, se lee en uno de los tantos preámbulos a los pormenorizados alardes científicos y clasificatorios del alemán Haenk (Teodoro Haencke), a la sazón avecindado en Cochabamba.

El resto era un entramado de reales cédulas, seudónimos, enumeraciones trabajosas, fábulas, letrillas burlonas y exhortaciones de todo tipo. Había un exceso de aclaraciones y quejas, había suscriptores que desistían de serlo y un creciente malestar que hacía previsible el enojo del virrey. Pero el jactancioso Cabello no deseaba enterarse: “Últimamente –escribía–, la guerra se ha de hacer en el campo del *Telégrafo*, no con la lengua, ni la espada, sino con pluma bien cortada; no con injurias, ni sangre, sino con tinta que aunque negra por esencia, ni afee el espejo hermoso y cándido del honor, ni oscurezca la luz que se solicita”.

Dicho con palabras llanas: a gatas era un periodista, pero no un empresario periodístico.

INDICE

Dos incorporaciones académicas	5
Acortamiento de los mandatos	9
Fallecimiento de Francisco A. Rizzuto	11
Origen del papel en el que leemos	13
El cuarto de hora de Juan José de Soiza Reilly	15
Los diarios buscan estar más cerca de la gente	21
El uso incorrecto del lenguaje en los medios de comunicación.....	25
Reportaje a Cora Cané	27
Amanece que no es poco	33
Enseñanzas de un escándalo	35
Un texto de Mariano Moreno	43
El Telégrafo Mercantil redivivo	47

Otras publicaciones de la Academia Nacional de Periodismo

- Boletines N° 1 a 14 (1997 a 2003).
- *Presencia de José Hernández en el periodismo argentino*, por Enrique Mario Mayochi, 1998.
- *Guía histórica de los medios gráficos argentinos en el siglo XIX*, 1998.
- *El otro Moreno*, por Germán Sopena, 2000.
- *Orígenes periodísticos de la crítica de arte*, por Fermín Fèvre, 2001.
- *Periodismo y empatía*, por Ulises Barrera, 2001.
- *Homenaje a Félix H. Laíño*, 2001.
- *Sarmiento y el periodismo*, por Armando Alonso Piñeiro, 2001.
- *El periodismo como deber social*, por Lauro F. Laíño, 2001.
- *Historia de la idea democrática*, por Mariano Grondona, 2002.
- *Música argentina y mundial*, por Napoleón Cabrera, 2002.
- *Premio Creatividad 2001*, por Diez, Pérez y Rudman, 2002.
- *Cara a cara con el mundo*, por Martín Allica, 2002.
- *La identidad de los argentinos, sus virtudes y peligros*, por Enrique Oliva, 2002.

- *La responsabilidad social y la función educativa de los medios de comunicación*, por Rafael Braun, Pedro Simoncini y Federico Peltzer, 2003.
- *Gerchunoff o el vellocino de la literatura*, por Bernardo Ezequiel Koremblit, 2002.
- *Revistas de la Biblioteca Nacional Argentina (1879-2001)*, por Mario Tesler, 2004.
- *Orígenes de la libertad de prensa*, por Armando Alonso Piñeiro, 2004.
- “*La Prensa*” *que he vivido*, por Enrique J. Maceira, 2004.



Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7300 / 4954-7700
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Julio de 2004

